

Rodolfo H. Terragno

Definiciones económicas

Clarín, 11 de febrero de 1998

La Alianza no puede encarar el 99 con la estrategia del 97

El Gobierno encaró las elecciones del 97 con la estrategia del 95. Creyó que la estabilidad todavía le alcanzaba para ganar... y perdió. La Alianza no puede encarar las elecciones del 99 con la estrategia del 97. Dentro de dos años, la ética no va a alcanzar.

La Alianza tiene que demostrar su capacidad para resolver las angustias de la mayoría. **Esas angustias tienen una raíz económica.**

El discurso social ya no basta. En vez de cantar loas a maestros y jubilados, **debemos encontrar el dinero para satisfacer las legítimas demandas de unos y otros**. Por cada peso que queramos aumentar a los maestros, necesitamos unos 8 millones anuales. Por cada peso que queramos aumentar a los jubilados, necesitamos unos 40 millones anuales.

Si la Alianza sugiere que la economía está bien, e insinúa que sólo hace falta sensibilidad social, **quedará encerrada en una trampa**. La economía no está bien. Bajos salarios, desempleo, subempleo, debacle de la seguridad social, crisis de la educación, declinación de la salud pública, inseguridad, aumento de la criminalidad... todo tiene su origen en la gran debilidad de la economía nacional.

En el comercio del mundo, la Argentina es un país marginal. No ha desarrollado nuevas ventajas competitivas. Exporta poquísimos valor agregado. No tiene una estrategia industrial. Depende peligrosamente de los capitales de corto plazo. Se endeuda cada vez más.

Los problemas sociales son la consecuencia necesaria de esa debilidad económica. La insensibilidad social puede **agravar** esos problemas. Pero la sensibilidad social, por sí sola, **no los resuelve**.

A veinte meses de las elecciones presidenciales, la gente debería percibir que la Alianza tiene ya una **clara estrategia de desarrollo económico y distribución equitativa del ingreso**.

No es suficiente

Está bien que hayamos asumido un compromiso con la economía de mercado y la estabilidad monetaria. Era imprescindible, pero no es suficiente.

Hay países con economía de mercado y estabilidad que son ricos y tienen una envidiable organización social. Hay países con economía de mercado y estabilidad que son pobres y tienen una irritante injusticia social.

Con la política económica del actual gobierno, la Argentina va camino de convertirse en un país del segundo tipo: sin desarrollo y con dramáticas desigualdades.

La Alianza sentó las bases de una política económica que, preservando la libertad económica y la estabilidad, representa un giro muy marcado y, de aplicarse, pondría a la Argentina rumbo al desarrollo económico y social.

Esas bases están en **El compromiso de la Alianza**, presentado antes de las elecciones de octubre.

A partir de allí, **debemos avanzar en la construcción de un modelo industrial-exportador**. Un modelo de ese tipo permitirá desarrollar el potencial productivo del país, irrumpir en el mercado mundial con una oferta de alto valor agregado, crear empleos suficientes y bien remunerados, invertir en recursos humanos y financiar un sistema eficiente de seguridad social.

Tiempo perdido

Lamentablemente, desde la aprobación de **El compromiso de la Alianza** hicimos muy poco progreso. Hemos dado vueltas, prematura e inútilmente, en torno de aquello que prometimos no discutir hasta más adelante: **las candidaturas**.

Creo que, este año, la Alianza debe concentrarse en el desarrollo y difusión nacional de su programa.

Las propuestas aliancistas que trascienden a la opinión pública son, en general, las vinculadas con la necesidad de regular, proteger y asistir. Se percibe una intención de limitar y, de ser posible, revertir los efectos negativos de la actual política económica. **Es mucho menos perceptible la política alternativa**. Sostengo que debemos mostrar claramente cuál es la fórmula de la Alianza para crear riqueza y asegurar su distribución equitativa.

Eso exige que se postergue la competencia por las candidaturas: algo que sólo lograremos si acordamos, expresamente, una **veda** que debería extenderse durante todo este año.

Si acordamos que las candidaturas sean resueltas en 1999, estaremos en condiciones de concentrar esfuerzos en el proyecto.

Claro está que la veda, por sí misma, no garantiza que se realice el trabajo necesario. **Si en los próximos tres meses mantuviéramos el ritmo de los últimos tres, no llegaríamos a tiempo**.

Siempre se podría redactar un acuerdo programático vago, cargado de retórica y buenas intenciones. Un documento así puede escribirse en una tarde. Pero **con vaguedad, retórica y buenas intenciones no se logra el crecimiento sostenido ni la justicia social**.

El mensaje de quien encarna el proyecto de la Alianza no podrá ser: "Sígueme que no los voy a defraudar". A la vez, sería inaceptable que, tras llegar al poder en 1999, desde lo alto le dijéramos a la sociedad, por ejemplo, que el desempleo es un "fenómeno mundial" al que debemos acostumbrarnos.

Con relación a la Alianza, la gente da por descontada la transparencia y espera que, además, mostremos capacidad para resolver los problemas económicos y sociales más aflictivos. Tenemos que dedicar este año –íntegro-- a demostrar esa capacidad, definir y divulgar nuestro proyecto, aumentar la credibilidad ganada y consolidar la Alianza en todo el país. Sólo así habremos asegurado el triunfo en 1999 y el éxito del gobierno resultante. Un gobierno de la Alianza, con el cual la Argentina deberá entrar, a paso firme, en el siglo veintiuno. ¡

Clarín, 6 de mayo de 1998

Ni Gobierno ni oposición saben frenar el desempleo

Para terminar con la desocupación el PBI debe crecer más rápido que la productividad · Es preciso irrumpir en los mercados mundiales, detectar sus demandas y adaptar la producción para satisfacerlas

Puede ser que todos estemos equivocados? Sí. El error general no es imposible; y hay razones para pensar que, en el crucial problema del empleo, **los argentinos estamos sumidos en un error general.**

Gobierno y oposición nos trenzamos a diario en discusiones bulliciosas y exhibimos propuestas antagónicas. Lo mismo pasa con empresarios y sindicalistas.

En ninguna discusión (y en ninguna propuesta) tenemos en cuenta una regla elemental. Chris Freeman la enuncia así: "Sólo se puede generar empleo si el crecimiento de la producción es **mayor que el crecimiento de la productividad de la mano de obra**".

Si la productividad crece más rápido que el PBI, habrá aún más desempleo. **Con o sin flexibilidad laboral.** Con o sin estímulos a las PyMEs. Frenar el crecimiento de la productividad no es solución: reduciría nuestra participación en el mercado mundial, obligaría a proteger el mercado interno y nos aislaría. En el largo plazo, en vez de disminuir, la desocupación aumentaría.

Para terminar con el desempleo, necesitamos:

- 1) Que la productividad crezca rápidamente.
- 2) Que el PBI crezca aun más rápido.

El punto 1 es la parte más "fácil" del ejercicio. Tecnología y flexibilización laboral provocarán un salto automático de productividad y crearán condiciones para que ésta crezca, en adelante, al ritmo de la innovación tecnológica.

El problema está en el punto 2. **Para que haya gigacrecimiento tiene que haber gigamercados.** ¿Dónde están? El mercado interno es chico pero puede absorber parte del excedente que produzca el gigacrecimiento. Eso, si redistribuimos el ingreso. La mayoría tiene necesidades satisfechas, pero insuficiente poder de compra. Para aumentar ese poder hay que rediseñar el sistema tributario y financiar una fuerte inversión pública en capital humano. Esto y Mercosur pueden resolver una parte del problema.

Nuevas ventajas competitivas

Todo será insuficiente si no irrumpimos en el mercado mundial. ¿Cómo? Con ventajas competitivas nuevas. No hay otra manera. Necesitamos, por lo tanto, investigación y desarrollo, política industrial y promoción de exportaciones con valor agregado.

¿Cómo hacer todo eso **sin corromper la disciplina fiscal**? ¿Se puede redistribuir ingreso sin desalentar la inversión? ¿Alcanza la reasignación de partidas para financiar la inversión pública necesaria? ¿Es posible aumentar los ingresos públicos sin efectos contraproducentes? Esto es lo que deberíamos estar discutiendo en vez de debatir si re-regular el mercado laboral o des-regular todavía más.

Estamos sumergidos en polémicas estériles: ¿contratos a prueba por 90 días o estabilidad laboral desde el primer minuto? ¿Indemnización un poquito mayor o un poquito menor? ¿Vacaciones fraccionadas o unificadas? Se le puede dar, a cada una de estas preguntas, la respuesta que se quiera. **Ninguna resolverá el problema del desempleo.**

La necesidad de "flexibilidad funcional" no merece discusión: la legislación vieja entorpece la incorporación de tecnología, demora la adaptación a los nuevos modos de producción e impone, en muchos casos, una asignación ineficiente de los recursos.

La necesidad de eliminar "impuestos al trabajo" tampoco debe ser discutida. En cambio, hay que oponerse al intento de quienes --desde el Gobierno o las empresas-- hablan de flexibilidad pero, en realidad, quieren **recortar salarios reales.**

Es falso que los salarios sean la causa de la escasa competitividad de la Argentina: los países, más competitivos (según el *ranking* del *Institute for Management Development*) son aquellos que (como certifica la Union Bank of Switzerland) pagan los salarios más altos.

Hoy, campeón de la competitividad es el que añade más valor, no el que paga menos. Como lo advirtió la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) en su Interim Report de 1993, **la reducción de salario real estimularía las "actividades de escaso valor añadido"**, convirtiéndose así en "una trampa".

No es la única trampa en la que podemos caer. Si mantenemos a la fuerza convenios firmados hace un cuarto de siglo, nos dedicamos a subsidiar actividades "mano de obra intensivas" o damos incentivos a PyMEs aisladas, no integradas a cadenas de valor, **terminaremos provocando un macrodesempleo crónico.**

Otras trampas

La tecnología roba empleo si se la usa para producir el mismo tipo (o la misma cantidad) de bienes que se producía sin tecnología. Si se la emplea para diversificar y multiplicar, crea puestos de trabajo antes impensables. Los países con menos desempleos son Japón y Estados Unidos.

Si no desarrollamos productos industriales con alto valor agregado (lo cual requiere, **además de tecnología, personal formado y bien pago**) no tendremos qué más venderle al mundo.

No podemos competir con manufacturas simples: jamás tendríamos (por fortuna) mano de obra tan barata como Tailandia, Indonesia y, en especial, China, que tiene 40 veces más habitantes que la Argentina, con un ingreso per cápita 17 veces inferior.

El empleo **no se crea por ley**. Ni por ley liberal ni por ley progresista. Para abrir millones de puestos de trabajo se necesita una estrategia de crecimiento, y no hay crecimiento sin mercado que lo absorba. Crear o detectar demanda y adaptar la producción para satisfacerla: eso es lo que debemos hacer.

No es una tarea fácil. No puede hacerla el sector privado solo. No puede hacerla el Estado solo. Hace falta **una sociedad** entre ambos. No sigamos perdiendo el tiempo: armemos, cuanto antes, esa sociedad. }

Perfil, 26 de julio de 1998

Nubarrones en el horizonte económico

La economía argentina experimentará, en los próximos años, grandes dificultades. Los años '90 fueron benignos con América latina. Los '80 habían golpeado con "la crisis de la deuda" (y la inflación galopante) más la caída del precio internacional de las materias primas. Desde 1990 Estados Unidos y Europa produjeron, además de condonaciones, una reducción de intereses.

Eso abarató el servicio de la deuda y atrajo marejadas de capital financiero que, desalentado por los bajos rendimientos, abandonó los países centrales. A eso se sumó la ola internacional de privatizaciones y una expansión de la demanda norteamericana y europea que revalorizó las materias primas. La región logró entonces la estabilidad y modernizó varios sectores. Argentina es uno de los países donde esos efectos fueron más notables.

Ahora está por empezar un período distinto. La estabilización tuvo como contrapartida la sobrevaluación y la consiguiente dependencia del capital financiero. Si el flujo se interrumpe, depreciación y recesión serán inevitables. México ya vivió, aún bajo el esplendor de los 90, una crisis que también afectó a Argentina.

En los próximos años, todo será más difícil:

- La privatización está agotada. Países como la Argentina vendieron todo lo que se podía.
- El FMI se queda sin fondos.
- Adecuar el tipo de cambio es casi imposible. Cuando Corea exportaba más de lo que importaba, Occidente la obligó a revaluar. Corea perdió competitividad y entró en crisis. Como otros países asiáticos, ahora necesita devaluar sin crear pánico. Los mercados impiden adecuar el cambio, aun en países que no lo congelaron.
- Los ciclos no han desaparecido. Tarde o temprano, Estados Unidos y Europa sufrirán la caída cíclica, resistiendo las exportaciones latinoamericanas.
- Los capitales volverán a casa. El capital financiero buscará seguridad antes que rendimiento.

Frente a esto hay que:

1. Usar los medios legitimados por la Organización Mundial del Comercio para controlar el déficit externo.
2. Eliminar el déficit fiscal reformando la administración tributaria y aumentando la productividad del gasto.

3. Asociar al Estado y sector privado en la creación de ventajas competitivas y la apertura de mercados.
4. Convertir al Mercosur en una verdadera comunidad económica. No podemos confiar en el piloto automático porque nos estamos quedando sin combustible.

Clarín, 17 de marzo de 1999

Dolarizar es devaluar 100%

La dolarización ya había sido discutida y rechazada en otros países, antes de que el Gobierno de Menem la propusiera en la Argentina para mostrar su decisión de mantener un tipo de cambio fijo ante mercados intranquilos

Discutimos mirándonos el ombligo. Nadie siguió el debate sobre dolarización que (desde hace mucho) se da en otras partes. Lanzada aquí en enero de 1999, la idea sonó a "novedad". La convertimos en **falso** "invento argentino". Como la birrome, inventada y patentada por Lazlo Biro en Hungría, dos años antes de venir a la Argentina. La dolarización también llegó de afuera.

El año pasado la propuso, en México, el Consejo Coordinador Empresarial (CEE). Como México es parte del NAFTA y 85% de sus exportaciones van a Estados Unidos, la iniciativa no pareció extravagante. Sin embargo, **los mexicanos la rechazaron**. Acusado de atentar contra la soberanía, el titular de la CEE, Eduardo Bours, replicó que la soberanía financiera de México era "relativa". Invitado a lavar primero los pecados de la banca, el líder de los banqueros, Carlos Gómez y Gómez, admitió que, antes de dolarizar, había que fortalecer el sistema financiero. El gobernador del Banco de México, Guillermo Ortiz, decidió que la idea no estaba "madura". Todo esto ocurrió en 1998. En la Argentina, **nadie tomó nota**.

Antes, la unión monetaria con Estados Unidos ya se había debatido en Canadá, el tercer socio del NAFTA. La economía canadiense **es más fuerte** que la mexicana, pero tiene una dependencia equivalente: 82% de las exportaciones de Canadá van a Estados Unidos. No obstante, la dolarización tampoco atrajo a los canadienses.

En discusiones sobre la futura Asociación de Libre Comercio de las Américas (ALCA), se trató la **unión monetaria**. El titular del BID, Enrique Iglesias, anticipó que una moneda única permitiría "coordinar políticas macroeconómicas" y "reforzar la integración". La dolarización fue una de las opciones enumeradas. Otra, más ambiciosa, fue la "moneda común", distinta de todas las monedas nacionales. La creación del **"euro" americano** exigiría una "convergencia macroeconómica" nada sencilla: de un lado, la principal **potencia del mundo**; del otro, una constelación de economías débiles. No obstante, la idea resultó más atractiva que la dolarización.

El ministro de Finanzas de Japón (y ex primer ministro) Kiichi Miyazawa lanzó el año pasado el plan "de las tres monedas": **dólar, euro y yen**. La iniciativa fue avalada por el actual premier Keizo Obuchi. Se trata de integrar a Estados Unidos, Europa y Japón en un "sistema tripolar" que asegure "la estabilidad monetaria internacional". Para eso, cada "polo" debería tener una **moneda dominante o exclusiva**. El área de influencia de Estados Unidos tendría que ser dolarizada. Estados Unidos **no está de acuerdo**. El Tesoro y la Reserva Federal han sido **tajantes**. No sellarán unión monetaria alguna. Si un país quiere rendir incondicionalmente a su soberanía, bien. Si pide que la Reserva Federal le financie (y, en su caso, le rescate) su sistema bancario, **que se olvide**.

¿Conviene la dolarización unilateral? El ministro de Finanzas de El Salvador, Manuel Hinds, la contempla como posibilidad. En realidad, Hinds está haciendo lo mismo que el economista Eduardo Curia hizo en la Argentina, ya durante la hiperinflación de 1990-91: evaluar si la dolarización unilateral es preferible, o no, a **la convertibilidad**.

El mal menor

Las dos medidas son indeseables; pero, en determinadas circunstancias, pueden resultar **imprescindibles**. Si no hay más remedio, ¿cuál elegir? Guillermo Chapman -ex ministro de Planificación y Política de Panamá, país que adoptó el dólar en 1904- dice que ambas tienen las mismas ventajas: impiden que el Banco Central financie al Estado con **emisión sin respaldo**, obligan al equilibrio de las cuentas públicas y, así, **evitan la inflación**. En cuanto a las desventajas, también son (casi todas) comunes: según Chapman, ambas **maniatan al Estado en caso de crisis externa**, obligan a aceptar la recesión como único modo de restablecer el equilibrio macroeconómico y dejan al sistema bancario sin red de seguridad.

Lo importante es que --como advierte el economista panameño-- la dolarización unilateral tiene una desventaja que la convertibilidad no tiene: al usar los dólares como circulante, el Estado **pierde la oportunidad de invertirlos y ganar intereses**.

¿Cuál sería el propósito de agregar, en la Argentina, ese costo que hoy no tenemos? Como recordó el *Wall Street Journal* hace días, "habiendo fijado el tipo de cambio y neutralizado su Banco Central, la Argentina ya **se ha sometido a todas las desventajas económicas** de subordinar su economía a Estados Unidos y la Reserva Federal. El Banco Central argentino no puede bajar las tasas de interés para resistir una recesión ni puede actuar como prestamista de última instancia para sostener el sistema bancario. (Como Panamá) la Argentina, con su tipo de cambio fijo, es un **rehén de la Reserva Federal** y no tiene ninguna influencia sobre las decisiones de ese organismo".

¿Por qué, entonces, el debate sobre dolarización se ha trasladado a la Argentina? Según el propio *Wall Street Journal*, el mercado tiende "dudas sobre la capacidad de (la Argentina) mantener el tipo de cambio fijo. En un intento de **prevenir el pánico**, las autoridades argentinas se habrían plegado a las discusiones sobre dolarización que se desarrollan en otras partes, dramatizando así su decisión de **no devaluar**. Claro que, como advierte el diario norteamericano, "los mercados no se dejarán impresionar".

En verdad, la dolarización sería la **devaluación total**. Mientras que devaluando se le quitaría al peso **una parte** de su valor, dolarizando se le quitaría **todo**. La paridad, que ahora es 1 a 1, pasaría a ser **1 a 0**.

La necesidad de una política monetaria supranacional (dentro del Mercosur y, en el futuro, en ámbitos mayores) es algo que, tarde o temprano, tendremos que afrontar. Ojalá podamos hacerlo con la seriedad, paciencia y perseverancia que Europa tuvo para crear el euro y que, ahora, deberá tener para evitar su fracaso.

Es malo envilecer el debate.

Ni panacea ni invento argentino, la dolarización es el plato menos apetitoso del menú monetario que, en algún momento, tendremos frente a la vista. ¡

Clarín, 28 de enero de 2000

Dolarización es eutanasia

La convertibilidad se adoptó en 1991 para salvarle la vida a la moneda argentina. Pero no se dieron los pasos necesarios para asegurar su salud. La propuesta de dolarizar es, simplemente, matar el peso.

Ricardo Hausman lo tiene claro. El principal economista del BID advierte que la Argentina enfrenta el "trilema" de [Robert] Mundell: una opción de hierro enunciada por el Premio Nobel 1999:

- Si el gobierno quiere cambio fijo y libre movimiento de capitales, debe olvidarse de manejar la tasa de interés.
- Si quiere manejar la tasa de interés y mantener el cambio fijo, tiene que controlar el movimiento de capitales.
- Si quiere manejar la tasa de interés sin afectar el movimiento de capitales, no puede mantener el cambio fijo.

Es imposible lograr las tres cosas al mismo tiempo: cambio fijo, libre movimiento de capitales y tasas de interés reguladas. Hay que renunciar a una de ellas... y pagar el costo respectivo.

La combinación cambio fijo + libre movimiento de capitales se paga con **pérdida de competitividad e intereses altos**: premio para los especuladores, castigo para los productores. El resultado es, normalmente, un **alto nivel de desempleo**.

La combinación intereses regulados + cambio fijo se paga con **pérdida de competitividad e inanición financiera**: los controles interrumpen o disminuyen drásticamente el flujo de capitales. Los bajos intereses internos son insuficientes para compensar la ausencia de capital y el **desempleo no desaparece**.

La combinación intereses regulados + libre movimiento de capitales se paga con **disminución del flujo de capitales** (porque la libertad de movimiento no alcanza si los intereses son pocos remunerativos) y, posiblemente, con **inflación**. Esto es así, al menos, en un país como la Argentina, con "déficit mellizos" (fiscal y de cuenta corriente), instituciones monetarias desprestigiadas, exagerada deuda externa y elevado endeudamiento interno en moneda extranjera.

En busca de oxígeno

Cuando la Argentina adoptó la convertibilidad, en 1991, fue para salvarle la vida a la moneda propia. **La convertibilidad era el respirador artificial** que le iba a dar oxígeno a esa moneda mientras se la curaba de sus males. La terapéutica requería: a) **eliminar el déficit fiscal**: un objetivo alcanzable, luego de la privatización masiva; b) aprovechar que la **producción nacional estaba obligada a eliminar sobre costos** (tradicionalmente financiados por devaluaciones) y usar esa ventaja inicial de competitividad para abrir **nuevos mercados**; c) crear un **Banco Central realmente independiente** (una suerte de Bundesbank); d) **controlar la deuda externa**, restringiendo la toma de nuevos créditos a lo indispensable; y e) estimular la **desdolarización de la economía interna**, no concediendo efecto cancelatorio a los pagos en dólares e introduciendo, según los casos, estímulos para operar en pesos o la obligación de hacerlo.

Como no se hizo nada de eso, **ahora es imposible desconectar el respirador**. Enfrentados a esta realidad, que prueba lo mal atendida que estuvo la moneda en los últimos nueve años, **algunos recomiendan la eutanasia**.

En efecto, si la convertibilidad es el respirador, la dolarización es la eutanasia.

Hausman (es verdad) defiende la dolarización. En realidad, lo que él dice es que --salvo durante las guerras mundiales del siglo XX-- las monedas nacionales nunca fueron aceptadas como medios de pago internacional, a menos que fueran convertibles en oro, plata o (después de 1944) dólares, a una tasa preestablecida. El economista del BID tiene razón cuando señala que fue sólo en las últimas dos décadas cuando se ha desarrollado el actual sistema, "con más de 100 monedas flotantes", al cual Hausman juzga inestable e incompatible con la globalización.

Hay razones para **reducir drásticamente ese número de monedas** por medio de monedas regionales, **no de la dolarización**. Una cosa es adoptar una **moneda común** y otra, bien distinta, una **moneda ajena**.

Las garantías que otorgaría la dolarización a los inversores -disciplina fiscal y seguro de cambio gratuito- **ya las ofrece, en la Argentina, la convertibilidad**. Es cierto que la dolarización proveería una garantía adicional, pero ésa es también -como subraya Jeffrey Sachs- su mayor desventaja: haría prácticamente **irreversible la subordinación de la economía argentina a la política monetaria de Estados Unidos**; subordinación que, si no vamos más allá de la convertibilidad, algún día (por ahora indivisible) podrá revertirse.

Tareas pendientes

"¿Cuál es el problema de estar subordinados a la primera economía del mundo?", preguntará quien crea que si algo es bueno para Estados Unidos ha de ser bueno para la Argentina.

En Washington hay quienes se oponen a la dolarización, precisamente porque saben que los intereses de Estados Unidos no tienen por qué coincidir siempre con los de un país dolarizado. En la mayoría de los casos, la dolarización favorecerá a los norteamericanos; pero en algunos casos no.

C. Fred Bergsten, director del Institute for International Economics, le dijo a *The New York Times*: "Si un país grande como México, o un grupo de países en el hemisferio, estuviera dolarizado y decidiera afectar nuestra política monetaria, podría hacerlo. ¿Qué pasaría si la economía norteamericana decayera y, al mismo tiempo, un alza del petróleo provocara un *boom* en un México dolarizado? La demanda de dólares al sur de nuestra frontera podría empujar nuestras tasas de interés hacia arriba, justo en el momento en que Estados Unidos necesitaría tasas de interés más bajas para propulsar el crecimiento económico".

Como advierte Sachs, la dolarización puede tener sentido para una economía pequeña, integrada a la de Estados Unidos, con instituciones muy débiles y la posibilidad de reducir salarios si es necesario. "Muy pocos países tienen ese perfil", dice el profesor de Harvard. "México y la Argentina, ciertamente, no." En vez de "profundizar" la convertibilidad, **la Argentina debe hacer lo que no hizo durante estos nueve años**: sanear su moneda eliminando el déficit fiscal, equilibrando la cuenta corriente, fortaleciendo sus instituciones, controlando la deuda externa y desalentando el endeudamiento interno en divisas.

Eso no le permitirá sortear el trilema de Mundell --que rige para cualquier economía, por fuerte que sea-- pero le dará la posibilidad de elegir, en cada etapa,

la **combinación más eficaz** para resolver los siempre variables problemas económicos. †

La Nación, 7 de abril de 2000

Qué significa Maastricht

Es la ciudad más antigua de Holanda. Creció a partir de un campamento que, 50 años antes de Cristo, los romanos levantaron sobre el río Mosa. El obispo Servacio le llevó el cristianismo y la convirtió en un sitio de peregrinaje medieval. En el siglo 16, España luchó por esta plaza fuerte y la ocupó por un tiempo. Durante su breve dominio, los españoles podrían haberle dado otro nombre, en reemplazo del

impronunciable *Maastricht*. Sin embargo, todo lo que hicieron fue sustituir una *a* por una *e*: en España se escribe *Maestricht*.

En los últimos años, la ciudad se hizo famosa por algo ajeno a su pasado romántico: fue allí donde se firmó, en 1992, el tratado que dio origen a la Unión Europea y delineó un plan para llegar a la moneda única, el euro.

La Unión Europea es un éxito porque sus arquitectos advirtieron que la convergencia cambiaria era tan importante como la fiscal. El tratado fijó cinco requisitos (en lenguaje diplomático, "criterios") que todo país miembro debía cumplir si quería sustituir, en 1999, su moneda nacional por el euro. El más urgente comenzó a regir en 1993:

- *Equilibrio cambiario*. Los miembros debían incorporarse a un mecanismo de tasas de cambio (ERM, en inglés) y atar su signo monetario a una moneda virtual, la unidad monetaria europea (ECU, en inglés). El marco, la peseta o el franco no quedaron "irrevocablemente fijos" al ECU hasta 1998, pero la fluctuación autorizada era mínima.

Para los otros cuatro criterios, había plazo hasta 1997. Los países miembros tenían, así, cinco años para completar este cuadro "macroeconómico":

- Equilibrio fiscal. Déficit no superior al 3 por ciento del PBI.
- Deuda limitada. Deuda pública no mayor del 60 por ciento del PBI.
- Bajas tasas de interés. Sólo 2 puntos por encima de un promedio: el formado por los tres países de la Unión Europea donde el crédito de largo plazo fuera más barato.
- Precios estables. Una tasa de inflación similar a la de los tres miembros con mayor estabilidad: a lo sumo, 1,5 por ciento más alta.

El tránsito no fue fácil. Hubo incontables obstáculos, conflictos y retrocesos. Pese a todo, el 1º de enero de 1999, once países pudieron reemplazar sus monedas nacionales por el euro.

Rumbo para el Mercosur

Aunque las situaciones sean distintas, la construcción de la Unión Europea ha dejado enseñanzas que pueden ayudar a crear, a partir del actual Mercosur, un verdadero mercado común sudamericano. El rumbo correcto fue señalado por el presidente de la Nación. A partir de su inequívoca voluntad de construir ese mercado común, Fernando de la Rúa ha propuesto avanzar hacia un Maastricht.

No se trata de iniciar un galope frenético: en Europa pasaron treinta años entre la creación de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero, embrión de la Europa única, y el Tratado de Maastricht.

Tampoco se trata de mantener un trote pausado: la globalización obliga a que las relaciones internacionales tengan hoy un ritmo distinto del que los países se permitían antes de los años 90.

Por ahora, el paso es prudente y firme. El Mercosur, que un año atrás parecía agonizar, ha recobrado su salud. Las recientes negociaciones con Brasil, conducidas con tino y eficacia por ambas partes, han aventado fantasmas y reafirmado la voluntad de asociación.

El éxito inmediato no debe hacernos perder de vista el horizonte. Más temprano que tarde, los miembros del Mercosur deberán acordar programas de convergencia.

¿Bastará con la convergencia fiscal? Europa parece indicar que no. La Unión Europea es un éxito porque sus arquitectos advirtieron que la convergencia cambiaria era tan importante como la fiscal.

Pasos de la convergencia

En verdad, Europa empezó la convergencia cambiaria mucho antes de Maastricht. Fue en 1971, cuando se creó la Unión Económica y Monetaria (EMU, en inglés), que tenía dos objetivos: la estabilidad cambiaria y la integración de los mercados de capitales.

Un año más tarde, apareció "la serpiente": ninguna moneda podía "subir" más del 1 por ciento ni "bajar" más del 1 por ciento. Los leves movimientos cambiarios se asemejarían a los de una serpiente dentro de un tubo muy angosto.

Hubo, es cierto, interrupciones y fracasos. Ningún país se resignaba a perder su autonomía cambiaria.

En 1979, se puso en marcha un sistema más refinado: el Sistema Monetario Europeo (EMS, en inglés) y, como parte de ese sistema, el ERM. Fue entonces cuando nació el ECU, que resultaba de poner todas las monedas europeas en una "canasta" y sacar un promedio.

Cada moneda nacional tenía su valor en ECU y muy poco margen para fluctuar: las más fuertes no podían "subir" o "bajar" más del 2,5 por ciento; las más débiles, hasta un 6 por ciento. Sin embargo, en caso de ascenso o descenso irreprimible había una solución: la proveía el Fondo Europeo de Cooperación Monetaria (EMCOF, en inglés). Este fondo compensador salía a comprar cuando una moneda caía demasiado, y a vender cuando subía más de la cuenta. Con la firma de Maastricht, el ERM se tornó obligatorio.

Europa decidió equiparar monedas y, una vez logrado esto, homologar índices macroeconómicos. En el Mercosur, hay quienes creen que debemos recorrer el camino inverso: asegurar la disciplina fiscal, preservar la estabilidad, contener el endeudamiento y dejar para lo último la discusión sobre las paridades. Algunos hasta piensan que, asegurado el equilibrio macroeconómico, las diferencias cambiarias no tendrían importancia. Es una hipótesis que deberíamos someter a un cuidadoso análisis.

Teniendo en cuenta la experiencia europea, no parece prudente que excluyamos toda posibilidad presente o futura de crear un mecanismo de nivelación cambiaria. Es ésa la sugerencia que he hecho pública en los últimos días.

Los europeos procuraron asegurarse, entre sí, términos de intercambio equitativos y estables. De ese modo, unificaron sus mercados. Eso permitió que aun países "débiles", como España o Irlanda, a los cuales se suponía incapaces de cumplir los criterios de Maastricht, llegaran a 1997 con las mejores calificaciones.

La unión perfecta

El equilibrio macroeconómico no fue sólo consecuencia de los ajustes fiscales que los signatarios de Maastricht hicieron entre 1992 y 1997. El mercado único aceleró el crecimiento y aun las economías menos promisorias vieron fortalecidas sus finanzas públicas.

Sería poco sabio negarse a examinar la secuencia de los pasos dados en Europa para llegar a lo que ansiamos en el Mercosur: una unión perfecta, que multiplique la inversión y la competitividad de cada uno de sus miembros. ¡

Clarín, 1° de noviembre de 2000

"¡Es la economía, estúpido!"

La Argentina puede eliminar el déficit y entrar en una etapa de crecimiento acelerado · Para eso la Alianza debe recuperar el tiempo que perdió por su inexplicable temor a debatir sobre economía

Fue la reunión más tensa del Grupo de los Cinco. Ese día —11 de febrero de 1998— *Clarín* había publicado un artículo en el cual yo criticaba a cierta parte de la Alianza: **la que se negaba a plantear una política económica distinta de la ejecutada por Menem**. Suponían que era dar batalla en terreno poco propicio. Preferían dirigir todos sus ataques a los flancos más débiles del menemismo: la corrupción y su afán de perpetuarse.

Yo no estaba de acuerdo: "Si la Alianza sugiere que la economía está bien, quedará encerrada en una trampa", había dicho en mi artículo. "Bajos salarios, desempleo, subempleo, debacle de la seguridad social, crisis de la educación, declinación de la salud pública, inseguridad, aumento de la criminalidad", todo era, a mi juicio, consecuencia de la política económica menemista.

La Alianza debía ofrecer una alternativa económica. Más que Clinton en su primera campaña presidencial, cada uno de nosotros necesitaba un cartel que le recordara, a cada momento, "¡Es la economía, estúpido!"

No era fácil hacerse entender. **La política, en la Argentina, está dominada por la psicología.** Cuando alguien dice algo, no se analiza si tiene razón o no. Se procura descubrir su intención oculta y, en general, se presume que es maligna. En consecuencia, se desoye casi todo.

A principios de 1998, De la Rúa y yo disputábamos la precandidatura a la Presidencia de la Nación. Un miembro del Grupo creyó que, al reclamar definiciones en lo económico, yo estaba apuntándole a Fernando. Me lo dijo: "Si vos decís que no querés llegar al gobierno para hacer lo mismo que Menem, estás sugiriendo que otros quieren eso. No tenés derecho a crear dudas sobre la Alianza para avanzar tus posiciones personales".

Esa interpretación impidió que se comprendiera el sentido profundo de mi preocupación. La Alianza corría el peligro de caer en una **trampa**: creer que debía 1) lograr la disciplina fiscal matando a la gente de hambre; o 2) auxiliar a la gente dejando que la economía se hiciera añicos.

Era una falsa disyuntiva. Quienes habíamos luchado por la privatización y la disciplina fiscal en los 80 podíamos hablar de finanzas públicas sin temor a "mentar la soga en la casa del ahorcado". Estábamos en condiciones de discutir mano a mano sobre economía, como yo lo había hecho con Cavallo en 1993 y 1995.

Desde esa posición, yo llamaba a que la Alianza, en su conjunto, adoptara sin complejos un "nuevo modelo" —industrial y exportador— que nos permitiría irrumpir en el mercado mundial, crear empleos suficientes y bien pagos, levantar a nuestro postergado interior y mejorar la situación de los sectores sociales más necesitados.

La lectura psicológica de mi artículo fue errada, como se mostraría poco después. En abril de 1998 la UCR de la provincia de Buenos Aires decidió apoyar a De la Rúa, dejándome sin chances de disputar con Graciela Fernández Meijide la candidatura de la Alianza. No obstante, continué la prédica.

Oídos sordos

Las ideas económicas "heterodoxas" seguirían provocando temor. Como la vez que advertí que no íbamos a resolver el desempleo con leyes de flexibilidad laboral o de apoyo a las PyMEs. Mi tesis era que, "para terminar con la desocupación", el PBI debería crecer "más rápido que la productividad", algo que —estaba claro— no iba a ocurrir si no se cambiaba la política (*Clarín*, 6 -5-1998). No se quería oír. Tampoco se oyó cuando propuse "el plan de los 500 días", que incluía una legión de gerentes públicos para ocupar los 100 puestos "críticos" y comenzar a ejecutar un programa de expansión económica "el mediodía del 10 de diciembre de 1999" (*Clarín*, 20-7-1998).

El fuego sagrado de la moral cívica y el ardor puesto en impedir una "reelección" imposible dejaron poco espacio para el debate económico y el planteamiento. Por fin, **la política económica fue "concesionada" al equipo de Machinea.**

No puede negarse la competencia profesional y la probidad de Machinea. Hay que aceptar, también, que debió hacerse cargo de un **paquete explosivo**: un país

sobreendeudado, que ya no tenía casi nada para vender y cuyo déficit real duplicaba al déficit fingido por la administración anterior.

El problema es que, por haber llegado sin un plan de desarrollo económico, nuestros técnicos quedaron presos de "la falsa teoría del desarrollo espontáneo", denunciada por la propia Alianza en su documento "El gran cambio" (1999). Como corolario de esa falsa teoría, hoy se dice que la reducción del gasto público favorecerá automáticamente a la producción: al reducirse el déficit bajará el riesgo país, caerán las tasas de interés y esto traerá, por añadidura, crecimiento y empleo.

Ese simplismo no nos sacará del pozo. Hace falta imaginación y audacia. La Argentina aún puede eliminar el déficit y entrar, al mismo tiempo, en una etapa de rápido crecimiento. El 3 de octubre formulé una propuesta que, de llevarse a la práctica, permitiría iniciar esa etapa.

Algunos creen que esa propuesta aceleró mi salida del Gobierno. Puede ser que (una vez más) alguien haya hecho una errónea interpretación psicológica. La verdad es que yo intenté advertir sobre un peligro cierto y ofrecer la solución. En ese momento no se quería reconocer que —según analistas financieros internacionales— la Argentina enfrentaba "el dilema de las tres D": "default (o sea cesación de pagos), devaluación o dolarización". Esta semana, las dudas de los inversores se hicieron públicas y, mientras algunos bancos de inversión desaconsejaban la compra de bonos argentinos, el FMI debió reconocer que está preocupado por "el escaso crecimiento de la economía argentina", aunque subrayó que las dudas sobre la capacidad de pago "no tienen fundamento".

El equipo económico, por cierto, conoce desde hace tiempo la situación. Por eso ha procurado que el FMI amplíe el crédito continente de \$ 7.400 millones que nos otorgó en su momento. El Fondo tiene una línea de crédito (CCL) destinada a prevenir crisis financieras; pero la tiene reservada a "economías fuertes" que, no obstante, se "contagian" de otros. **La Argentina adolece de una economía débil y enfermedades propias.**

No obstante, el Estado nacional tiene un grueso superávit latente: cuando se alcance el equilibrio fiscal comenzará a encogerse la cuenta de intereses (hoy \$ 11.000 millones); y a medida que disminuyan las obligaciones previsionales del Estado, tenderá a desaparecer el déficit previsional (hoy, \$ 6.000 millones).

Mi propuesta consistía en negociar un puente financiero, que permitiera anticipar parte de ese superávit latente y financiar, de ese modo, una drástica reducción de impuestos: único modo, hoy por hoy, de promover la inversión productiva y la creación de empleo. Negociar ese puente —sostuve— no era más difícil que negociar un CCL o un acuerdo monetario con Estados Unidos. No era más difícil y tenía ventajas que no ofrecían ni un crédito contingente ni (mucho menos) la dolarización.

"Cualquier cosa que nos aparte de nuestro sendero provocará desconfianza en los mercados", me replicaron. Sin embargo, poco después un analista financiero internacional —Michael Gavin, del banco UBS Warburg— sostuvo en Nueva York que el Gobierno argentino "debe buscar un recorte de impuestos que estimule el crecimiento y ese camino sólo es posible con la ayuda de Washington; o sea, con un paquete de financiamiento del Tesoro estadounidense".

Cuando leí las declaraciones de Gavin —tan evocativas de mi propuesta— pensé que **el pensamiento monocorde y la autoextorsión pueden ser fatales para nuestro gobierno.** Creer que "sólo" se puede hacer lo que se hace puede llevar a

alguna de las tres "D" (una más funesta que la otra) o a emitir un SOS a Domingo Cavallo.

Todo por no querer ver la realidad. No puedo olvidar la última misión del FMI. Teresa Ter Minassian se sentó a mi mesa y me hizo dos preguntas:

- 1) "¿Cómo piensan crecer?"
- 2) "¿Cómo van a hacer para no perder el apoyo del público?"

Dentro del Gobierno, propuse mis respuestas a esas dos preguntas. Seguiré haciéndolo **fuera del Gobierno, pero dentro de la Alianza**. Espero que, esta vez, nadie intente una interpretación psicológica. †

Agencia DYN, 6 de diciembre de 2000

Todavía es posible

Ninguno de nosotros esperaba que el manejo de la economía fuera sencillo. La Argentina necesitaba tomar más dinero que el que podía devolver. Había que olvidarse, por lo tanto, de conseguir plata fácil y barata.

Además, el 1 a 1, era una condena comercial: nuestros productos serían cada vez más caros y los de otros países cada vez más baratos. Para compensar esto había que bajar salarios (impensable) o impuestos (difícil sin aumentar el déficit).

En lo social, nadie creía que la situación fuera a revertirse pronto. Era imposible crear dos millones de puestos de trabajo por decreto.

Ninguno de nosotros pensaba, siquiera, que fuera fácil terminar con la corrupción. La inmoralidad había afectado tanto al Estado como al sector privado.

Ninguno de nosotros ignoraba, en definitiva, que éramos depositarios de expectativas exageradas. La impaciencia dominaría pronto a la gente y, por lo tanto, debíamos prepararnos para soportar quejas y malestares.

Sin embargo, yo creía que, un año después, estaríamos mejor de lo que estamos. El sistema financiero internacional necesitaba que la Argentina no se cayera; y quería apoyar a un De La Rúa comprometido con la economía de mercado, la disciplina fiscal y el libre comercio. Se podía negociar (con los organismos financieros, Estados Unidos y Europa) un acuerdo de largo alcance, que tranquilizara a los acreedores y, al mismo tiempo, diera margen para rebajar impuestos y financiar políticas activas.

Fue así hasta hace muy poco. El Estado nacional tiene superávit primario: recauda más de lo que gasta. Si ha salido a pedir plata fresca fue para pagar intereses de la deuda vieja. Ese obstáculo al desarrollo debió sortearse mediante un “puente financiero”; y usar los recursos del “puente” para asegurarnos contra el riesgo de bajar, de inmediato, IVA y Ganancias. Era el único modo que tenía esta economía, desprovista de instrumentos clásicos, para reactivar la producción y aumentar el empleo.

No tomamos ese camino. Nos dejamos correr por los “gurúes” vernáculos y el “mercadito” financiero interno. Por temor al déficit, aumentamos impuestos, recortamos salarios y emitimos más papeles de deuda. Resultado: no crecimos, el desempleo aumentó y no controlamos el déficit. Terminamos yendo a gritar S.O.S. en Washington, para obtener un “blindaje” que es pura garantía para los acreedores.

Nuestro equipo económico, compuesto por economistas competentes y honorables (dos condiciones que no es fácil encontrar juntas) hizo las cosas con la mejor voluntad, pero a partir de un diagnóstico errado.

Creí que la deuda no era el problema; que todo se reducía al déficit fiscal. Además, subestimé ese déficit: siete meses antes de las elecciones, cuando Roque Fernández decía que el déficit iba a ser de 2.900 millones, un estudio dirigido por Daniel Montamat mostró que el déficit del año sería, como mínimo de 6.505 millones. Fue de 7.076 millones.

El equipo económico se enteró tarde y reaccionó mal. “Compró” el criterio lineal de algunos comentaristas: “Si baja el déficit (no importa que para eso aumentemos impuestos o bajemos salarios), caerá el riesgo país, bajarán las tasas, se abaratará el dinero, habrá reactivación y aumentará el empleo”.

Muchos descreíamos de este razonamiento, pero debíamos confiar en el plan diseñado por los expertos del Presidente. Ya no. Pasado un tiempo, uno debe obedecer el mandato bíblico y juzgar el árbol por sus frutos. Si la economía está estancada, el desempleo aumenta y el déficit previsto ya no es de 4.700 sino 6.500 millones, el plan fracasó. Esa es la verdadera causa de la caída que sufrió la popularidad del Presidente. Su imagen no se deterioró porque sea “lento”, “indeciso”, carente de “liderazgo” o “desconfiado”, como alegan algunos, sino porque asumió, con rapidez y decisión, el liderazgo de un plan económico en el cual depositó una injustificada confianza.

No se diga ahora que el “blindaje” es un premio al que nos hicimos acreedores por lo bien que hicimos las cosas. Hace once meses, el equipo económico nos prometía el “investment grade”; es decir, el campeonato mundial de la confiabilidad. Ahora, necesitamos que el universo venga a socorrernos para no caer en la “catástrofe”.

Hay que cambiar. No se trata de poner caras nuevas y listo. El problema no es que tal o cual ministro esté “desgastado” o “no comunique bien”. No se trata tampoco de pedir más “sensibilidad social” y mantener una política que impide financiar una mejor salud, una mejor educación y programas eficaces de asistencia social.

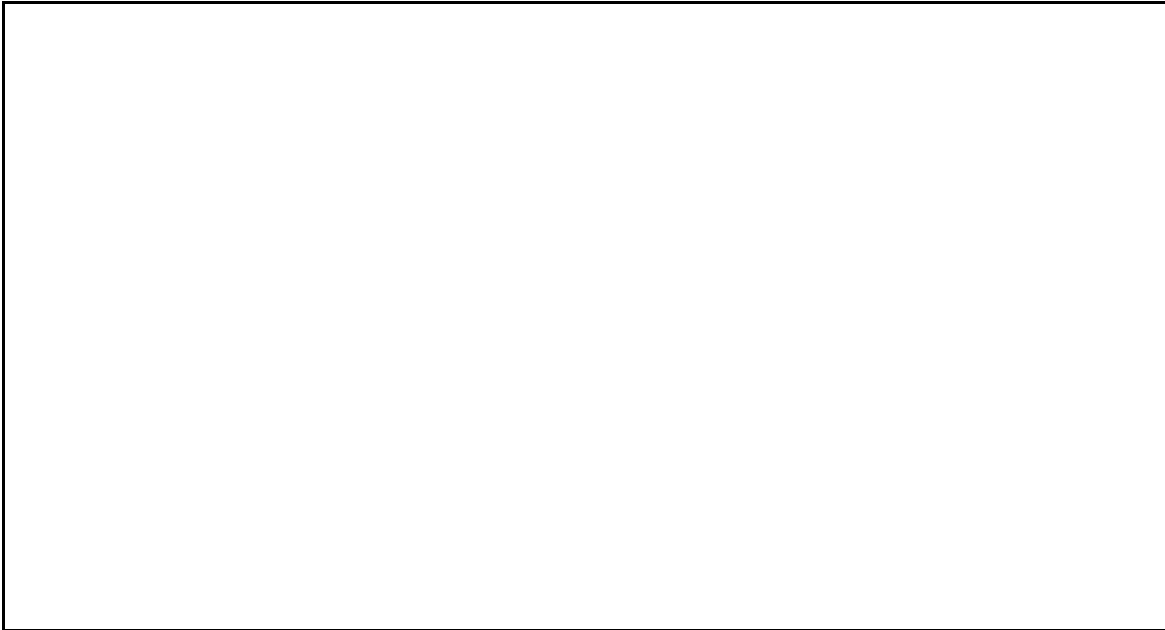
Los liberales no tienen la solución. Los populistas tampoco. Unos conducen a una economía cada vez más chica y una sociedad cada vez más dividida. Los otros llevan al caos y al aislamiento.

Necesitamos una política pragmática y expansionista. Pragmatismo (no caprichos) es lo que hace falta para tener verdadera disciplina fiscal. Expansionismo (no prodigalidad) es lo que hace falta para crecer. Vocación para expandir la capacidad productiva, expandir el mercado interno y expandir la oferta internacional de la Argentina.

Todo esto es posible. Y costará menos que las políticas fiscalistas como la que pusimos en marcha hace un año: una política que nos hizo incumplir con todas las promesas y, encima, aumentar el déficit. ¡

Noticias, 4 de Marzo de 2001

**Por qué llegamos a esto
(y qué hacer)**



La Argentina estuvo dominada, los últimos años, por talibanes económicos. Fanáticos más que ortodoxos, llevaron las ideas neoliberales a un extremo desconocido en los países serios. El resultado está a la vista: estancamiento, déficit, deuda, desempleo y pobreza.

Machinea es un buen economista, se esforzó por hacer las cosas bien y tenía el apoyo del Presidente. Su fracaso no es un fracaso personal. Es (o debería ser) el fin de una política errada.

El razonamiento de los talibanes es éste: hay que bajar gasto público a como dé lugar porque:

1. Al bajar el gasto, baja el déficit. *Por lo tanto,*
2. Disminuyen las necesidades de financiamiento público. *Por lo tanto,*
3. Baja el riesgo país. *Por lo tanto,*
4. Caen las tasas de interés. *Por lo tanto,*
5. Hay más inversiones. *Por lo tanto,*
6. Crece el producto. *Por lo tanto,*
7. Aumenta el empleo.

Si esto fuera así de simple, lo único que debería hacer el Estado sería reducir el déficit. Fue esa idea la que llevó a nuestro gobierno a subir impuestos y bajar salarios. Esperaba que eso aumentara el ingreso, bajara el ingreso y diera origen a esa secuencia mágica que llevaba al crecimiento y al empleo.

El Presidente sabe cuál era mi opinión sobre esto. Siempre creí que esto terminaba como terminó el viernes pasado.

Subir impuestos y bajar salarios iba a deteriorar tanto la oferta como la demanda. Ni siquiera se disminuiría el déficit. Al contrario: las recesiones hacen caer los ingresos públicos y las consiguientes crisis sociales tienen alto costo para el Estado.

Si Machinea se va y la política económica se queda, no ganaremos nada. Hace falta un golpe de timón. Mis propuestas:

1. *Política monetaria rígida; política cambiaria flexible.* Este cambio es fundamental. La convertibilidad tiene una doble rigidez –monetaria y cambiaria- que no se aguanta. Mis propuestas es:

- a) Mantener la rigidez monetaria. No podemos volver a la época en la cual, si al gobierno no le alcanzaba con lo que recaudaba, hacía imprimir billetes. No debe haber ninguna posibilidad de financiamiento monetario del déficit. Para eso hay que reforzar la autonomía del Banco Central en tanto organismo emisor. Con eso basta para preservar la estabilidad.
- b) Flexibilizar la política cambiaria. El peso debe seguir siendo convertible (de lo contrario perdería credibilidad), pero su valor debe estar fijado en función de una cesta de monedas que, como mínimo, debe incorporar al euro. Esto, que fue criticado cuando lo propuse en 1995, encuentra más aceptación por estos días; pero ahora hay que agregarle un acuerdo de convergencia cambiaria con Brasil. Si no el Mercosur terminaría mal, y eso sería fatal para nuestro desarrollo.

2. *Fortalecimiento de la demanda interna y externa.* Todo estímulo a la oferta será insuficiente. Para hacer que PBI y empleo crezcan a tasas muy altas, hay que multiplicar la demanda; interna y externa. Esto requiere:

- a) Aumentar el poder adquisitivo del mercado doméstico. Sólo puede lograrse mediante:
 - una lucha contra la evasión, librada con la decisión y el coraje que nadie tuvo –en más de 10 años- para poner al descubierto las maniobras de lavado que ahora surgen claramente de la investigación hecha en los Estados Unidos.
 - una reforma tributaria (con garantía de inmovilidad de los impuestos por 10 años) que redistribuya ingreso.
 - Incentivos a la inversión y la rentabilidad, condicionados a la participación de los trabajadores en las utilidades por encima de un umbral.
- b) Aumentar la demanda exterior. Además de la mejora competitiva que provocará la flexibilización cambiaria, debemos transformar al servicio exterior argentino en una agencia internacional dedicada a la apertura de mercados.

3. *Pacto de desarrollo con el sector privado.* Este debe ser un pacto para crear nuevas ventajas competitivas; o sea, producir –con mayor calidad y menor precio que otros- cosas de gran demanda mundial. El Estado debe adecuar la educación y el aparato científico-técnico, y para eso es necesario (aunque no suficiente) que invierta más. Se necesita un plan como el Bicentenario, que iniciamos en la Jefatura de Gabinete y, por razones incomprensibles, no se ha continuado. Ese plan determinaba los rubros con mayor potencial para producir un salto en las exportaciones.

Cambiar de política requiere firmeza ante la extorsión. Sin duda, los “gurúes” amenazarán con la huida de los inversores y el fracaso económico. En verdad, las inversiones que necesitamos van a México o Brasil (que hicieron lo contrario de lo que recomiendan nuestros “gurúes”) y lo que ya fracasó es esta política.

Si alguien le dice al Presidente que debe hacer más de lo mismo, porque “no se hizo lo suficiente”, yo le pido que (ahora sí) se tape los oídos. No debe oír más a estos curanderos que, cuando se muestra que sus pociones no hacen más que agravar al enfermo, le echan la culpa a cualquiera con tal de no admitir que el problema es la falsa medicina que ellos practican.!

Clarín, 11 de abril de 2001

El tilo y la convertibilidad

La Argentina no saldrá del pozo si no logra la reestructuración de su deuda - Somos una empresa que debe cinco años de facturación – Los tenedores de bonos pueden aceptar más plazo y menos interés, si se les da una seguridad que hoy no tienen – Esto requiere una ardua ingeniería financiera y diplomática

Baucis y su esposo, Filemón, vivían en un “ranchito”. Un día dieron albergue a dos vagabundos que no habían conseguido, en toda la región, un techo bajo el cual dormir. Los vagabundos eran los dioses Zeus y Hermes, que se habían corporizado para probar la piedad de los humanos. Con la discrecionalidad propia de los dioses, Zeus y Hermes ahogaron a todos quienes les habían negado albergue, e hicieron realidad el deseo de sus humildes anfitriones: vivir, después de la muerte, en forma de árboles, uno al lado del otro. Filemón fue transformado en roble, y Baucis en tilo.

El mito griego sedujo al poeta latino Ovidio, que hace 2.000 años lo recogió en “Las Metamorfosis”. Siglos más tarde, Goethe lo incorporaría al “Fausto”, Gounod le dedicaría una ópera –“Filemón y Baucis”— y Rubens a un cuadro que puede verse en el museo de arte histórico de Viena.

El tilo ha sido parte, durante siglos, de la mitología y el arte del Viejo Mundo. También de la vida cotidiana, como puede comprobarse paseando por la más famosa avenida de Berlín: **Under der Linden**, que significa “bajo los tilos”. O yendo a Polonia, la tierra de Juan Pablo II: para llegar del aeropuerto al centro de Varsovia hay que recorrer los tres kilómetros de un camino flanqueado por tilos a uno y otro lado.

Karol Wojtila tenía, desde mucho antes de ser Papa, varias esculturas en madera de tilo, que representaban escenas del Antiguo y el Nuevo Testamento. Las esculturas en tilo son características de Polonia.

La herboristería también ha recurrido al tilo (*tilia europaea*, según su nombre científico) durante siglos. Los téis hechos de flores u hojas de tilo, frescas o secas, han servido para amortiguar los espasmos de los europeos a través de la Historia.

A juzgar por la prensa, en su reciente viaje al Vaticano, el Presidente de la Nación le regaló al Papa saquitos de “tés argentinos”, entre los que figuraba el tilo, cuyas propiedades medicinales habría explicado el Jefe de Estado a Su Santidad. En la Argentina nadie ha puesto en duda, al parecer, que el tilo sea una infusión vernácula.

El hecho no tendría importancia si no fuera simbólico de nuestro aislamiento cultural, que disminuye nuestra capacidad de comprender y resolver problemas.



El aislacionismo cultural que nos hace creer que el té de tilo es argentino nos hizo pensar que la “hiper” era un fenómeno radical y que la convertibilidad era una panacea criolla

Los argentinos parecemos creer que la hiperinflación fue una maleza típica de nuestro territorio, que logramos erradicar gracias a un herbicida inventado en el país.

Ignoramos lo que significó la revaluación del petróleo en la década del 70, la inundación de “petrodólares” que sufrió la banca internacional, la inflación mundial de los 80 y el impacto que ella tuvo en países no desarrollados, con estados sobre-endeudados que esperaban obtener beneficios —y sólo lograban endeudarse más— produciendo bienes o proveyendo servicios a través de empresas públicas.

Nos olvidamos de (o nunca nos preocupamos por) la inflación de Perú (7.500%) o de Bolivia (10.000%) y de todas las “hiper” que hubo la región, desde la haitiana a la brasileña.

La “hiper” fue una epidemia latinoamericana. Hoy, no existe en ninguna parte. Todos los países que la sufrieron, hoy gozan de estabilidad o tasas muy bajas de inflación anual.

Ninguno de esos países eligió, como método para combatir la inflación, el tipo de cambio fijo. Este sistema produce, por un tiempo, un efecto benéfico: fuerza un aumento de productividad, dado que la ineficiencia ya no puede ser compensada por “devaluaciones competitivas” y hay que bajar costos. Luego, el tipo de cambio fijo choca con la realidad, ya que el precio real de una moneda, como el de cualquier mercancía, es el que surge de la oferta y la demanda; no el que fije arbitrariamente el Estado. Para mantener un precio que no coincide con el real, hay que recurrir a artificios que endeudan al gobierno y empobrecen a la gente.

Hace ya unos años, cuando Cavallo era ministro de Menem, mantuve extensos debates con él. En esos debates, me preocupé de distinguir el peso “canjeable” (o convertible) del “precio” (o tipo de cambio) al cual se efectuaba el canje. Defendí la convertibilidad porque, al supeditar la emisión a las reservas, asegura la estabilidad; pero sostuve que debíamos llegar a que el respaldo del peso fuera una “canasta de divisas”. Si el peso se convertía, “para siempre”, en un “vale por un dólar”, íbamos a ver —ése era mi pronóstico— cómo desaparecían industrias y crecía el desempleo.



Después de muchos fracasos económicos, hay un campo más fértil para el debate. Ideas que horrorizaban no hace mucho, son aceptadas por los mismos que se rasgaban las vestiduras

Aquella posición fue mal entendida por quienes, con ese aislacionismo cultural por el cual podemos creer que el té de tilo es argentino, pensaban que la inflación había sido un fenómeno radical y que el tipo de cambio fijo (sobre el cual había una vasta experiencia en el mundo) era la panacea criolla, descubierta por un mago aborigen.

Después de muchos años y varios fracasos económicos, ahora hay un campo más fértil para el debate. Ideas que horrorizaron cuando las propuse en aquellos debates —como la de usar la política arancelaria para mejorar la competitividad de algunos productos con potencial en los mercados externos— son aceptadas por los mismos que, entonces, se rasgaban las vestiduras.

Lo mismo ocurre con la “canasta de divisas”. Sin embargo, debo advertir que, en mi propuesta, la adopción de esa canasta debía sobrevenir a la creación de un Bundesbank, el equilibrio de las cuentas públicas, el establecimiento de una “contabilidad de costos” y la corrección de las distorsiones de precios relativos mediante una política tributaria. Mi tesis era que, si no se hacía todo eso antes, relajar la vinculación al dólar podía tener efectos negativos.

En cualquier caso, es saludable que rompamos tabúes, desistamos de los prejuicios y empecemos a hablar de nuestros verdaderos problemas, que no se reducen al excesivo gasto público.

Es posible que, en este ambiente, se entienda que la Argentina no saldrá del pozo si no logra una reestructuración de su deuda.

Se equivocan quienes afirman que nuestro problema es político. La Argentina tiene una estabilidad política que envidiarían países con riesgo-país mucho más bajo que el nuestro. México --donde los zapatistas ocupan la capital, se niegan a hablar con el Presidente y se vuelven a la montaña— tiene abierto el crédito internacional, a tasas que no puede lograr el Ministro de Economía argentino.

Se equivocan quienes creen que nuestro problema es el gasto primario. Hay mucho para recortar, y debe recortarse; pero ése no es el quid. Supongamos que tomáramos una medida extrema, sin precedentes en el mundo: privatizar el Estado. Imaginemos que vendiéramos la Presidencia de la Nación, los ministerios, la Administración pública, los entes descentralizados, las fuerzas armadas y de seguridad, el Congreso y la justicia. Lo que ahorraríamos en remuneraciones, no alcanzaría para pagar los intereses de la deuda. Con un agregado: ahorraríamos en pesos; y la deuda hay que pagarla en dólares. Un peso es igual al un dólar, pero sólo dentro de la Argentina. Fuera, un peso es papel pintado.

Durante años, nos hemos mordido la cola. Uno tras otro, los ministros de Economía han errado el diagnóstico y, por lo tanto, la terapéutica. Hace años que seguimos endeudándonos para pagar deuda. Como, además, la economía no crece, y las exportaciones soportan la inflexibilidad cambiaria, la deuda --medida como porcentaje del PIB y de las exportaciones— aumenta sin cesar.

Somos una empresa que debe una suma igual a cinco años de facturación. La deuda pública nacional quintuplica, en efecto, nuestras exportaciones: única fuente genuina de las divisas que necesitamos para pagar a los acreedores.

Un país en esas condiciones tiene, por supuesto, enormes dificultades para negociar en el exterior. Negociar más crédito, así sea a cambio de políticas fiscales duras, es muy difícil: hasta los acreedores saben que esas políticas tienen efectos recesivos y, por lo tanto, terminan aumentando el riesgo-país.

El esfuerzo que hicimos durante años para conseguir algo que agravaba nuestros males, debemos ponerlo ahora para lograr una reestructuración de la deuda. Es necesario desarrollar una compleja ingeniería financiera y diplomática. Con acreedores comerciales, sería más sencillo acordar quitas y esperas; pero

nuestra deuda está diseminada en títulos. Rescatarla con provecho para el país requiere ofrecer más plazo y menos rendimiento, pero con una seguridad que hoy no tienen los tenedores de bonos argentinos. Esa oferta precisa un colateral creíble y el país no puede pagar, por esa garantía, cualquier precio. No será, por lo tanto, una solución fácil; pero es la única.

Debemos empezar ya. No nos quedemos a esperar que venga alguien a inventar el té de tilo.!

Clarín, 20 de julio de 2001

El verdadero origen de la crisis es la deuda

Tal como señalan los expertos internacionales, la solución más conveniente al problema argentino es una reestructuración consensuada de la deuda

Durante la Guerra de las Malvinas era igual: había que estar fuera del país para saber qué pasaba. Hoy, **quien está dentro no conoce la verdad sobre la crisis económica argentina.**

El fin de semana tuve que viajar al exterior. Me afligía alejarme aunque fuera unos días: me faltaría esa información continua que, en tiempos de crisis, se necesita como el oxígeno.

En el avión leí el **Financial Times**, de Londres. En primera página, una nota sobre la Argentina. Pensé que los diarios, en Buenos Aires, la citarían. Me pregunté si se destacaría que, a juicio del **F.T.**, la verdadera causa de la crisis es "la incertidumbre sobre la capacidad del país de sostener la tasa de cambio

(un peso: un dólar) y pagar el servicio de la deuda".

Llegué a Brasil y compré **Folha de S. Paulo** y **O Estado de S. Paulo**. Ambos coincidían en el origen y la naturaleza del problema que nos atormenta: una tasa de cambio que el economista Roberto Teixeira da Costa considera "insostenible" y una deuda "imposible de pagar".

Otras voces

Con nuestra mentalidad conspirativa, podríamos pensar que Brasil nos quiere empujar al abismo. Los brasileños, sin embargo, saben que los arrastraríamos en la caída.

Los ministros Pedro Malan y Martus Tavares consideran, junto con funcionarios del Banco Central de Brasil, cómo proteger a la economía brasileña "cuando la Argentina se desmorone". Según **O Estado**, en Brasilia asombra la "obstinación" del ministro de Economía argentino, que "resiste en su posición, inventando paquetes de medidas que todos, incluyendo él mismo, saben que no funcionarán".

En Londres, Walter Mendes, director para América latina de Schroder Asset Management —una de las mayores administradoras internacionales de fondos de inversión— dice que "una reestructuración de la deuda argentina parece inevitable. Falta saber si será programada o terminará forzándola el mercado". Para que la "reestructuración de la deuda" sea "programada" se requiere —según Mendes— un acuerdo con el Fondo Monetario y los acreedores. Algo similar a mi propuesta de hace unos meses.

En Washington, un asesor del presidente Bush propone una solución más violenta. El economista Alla Meltzer sostiene que para evitar una devaluación la Argentina debería declarar cuanto antes el "default". En tal caso, Meltzer postula que el Fondo Monetario fuerce a los acreedores a conceder una quita importante, que él estima en el 35 por ciento. El FMI debería decirles a los acreedores: "O recompran sus créditos con este descuento o nosotros ofertamos un descuento mayor y compra el FMI". "Todos recomprarían", asegura el asesor presidencial.

Eso no sólo sería conveniente para la Argentina: según Meltzer, "reestablecería el equilibrio del sistema financiero internacional", sacudido por la incertidumbre que crean las deudas inmanejables, como la nuestra y la de Turquía.

En Wall Street se dice que la Argentina ha entrado ya en "moratoria virtual" y muchos aseguran que el país ganaría si lo admitiera sin demoras. Sólo así —coincide la mayoría— se podrá evitar la devaluación.

Alguien dirá que, para saber lo que dicen en el extranjero, no hace falta salir del país. Todos los diarios que leí fuera podría haberlos leído (y suelo leerlos) desde Buenos Aires vía Internet.

En la Argentina, sin embargo, la información proveniente del exterior es ahogada por ese torrente de anécdotas, equívocos, angustias, opiniones no autorizadas y usufructo político que termina arrastrando a la racionalidad.

Durante la Guerra de Malvinas se podían escuchar las radios de onda corta, muchos diarios y revistas extranjeros se vendían en Buenos Aires, los periodistas recibían minuto a minuto la información de las agencias internacionales, había discado directo y fax. Sin embargo, las noticias oficiales, los rumores y las interpretaciones locales ahogaban toda información externa.

La historia se repite. Frente a una crisis económica cuyo origen, estado y destino el mundo exterior no tiene dudas, dentro de la Argentina los economistas dicen que el problema argentino es "político", y los políticos denuncian una "conspiración de los mercados".

Hace unos días, sin embargo, **la realidad empezó a imponerse**: la Argentina se quedó sin crédito externo y el crédito interno se volvió inaccesible. Fue como el desembarque de los británicos en Malvinas. Incapaz de asumir sus compromisos, el Estado debe elegir ahora a las **víctimas** de los incumplimientos que se avecinan.

El Gobierno señaló a los jubilados, los empleados públicos y a los proveedores del Estado.

Sectores disidentes de la Alianza propusieron que, en cambio, las víctimas fueran las AFJP, los servicios

públicos privatizados y otras empresas que pagan impuestos y contribuciones.

Es razonable que, en vez de asfixiar a los pobres jubilados, el esfuerzo recaiga sobre las grandes empresas. No obstante, los defensores de esta "propuesta alternativa" compartían, de hecho, el criterio oficial: **lo primordial era asegurar el pleno servicio de la deuda**. Sin saberlo, estaban pidiendo que — en vez de recortar las ganancias de los especuladores, que no aportan nada a la economía real— se afectara la rentabilidad de aquellas empresas que producen bienes o servicios, dan empleo y pagan impuestos al Fisco.

La palabra tan temida

La intención de quienes elaboraron la "propuesta alternativa" no es favorecer a los especuladores. **Su problema es que no se animan a hablar de moratoria** porque creen que el único modo de llegar a ella es mediante una declaración unilateral que nos aislaría del mundo. Harían bien en valerse de Internet y "bajar" diariamente el **Wall Street Journal**, el **Financial Times** y otros periódicos financieros de ascendente mundial.

Verían entonces **qué se opina en el mundo cuando se lee que la Argentina piensa pagar su deuda merced a un recorte salvaje del gasto público**, el cual deprimiría aún más la demanda; o mediante una alteración del régimen impositivo, la cual pondría en riesgo la seguridad jurídica. Ambas invenciones son contradictorias con el propósito de reactivar la economía.

A diferencia de los argentinos, el frío experto que mira desde fuera hace cuentas. En la Argentina puede circular hoy la idea más peregrina. Horrorizado por el "costo de la política", alguien podría proponer que el presidente De la Rúa se convirtiera en dictador y —repetiendo lo que Onganía hizo en 1966 y Videla repitió en 1976— cerrara el Congreso de la Nación, todas las legislaturas provinciales y todos los concejos deliberantes del país. En principio, un acreedor o financista externo no estaría ni al favor ni en contra de la idea. Sumaría y, entonces, descubriría que semejante **herejía institucional** sólo nos alcanzaría para pagar los intereses de 56 días.

Con el Presupuesto nacional en la mano y una simple calculadora de bolsillo, cualquiera puede descubrir que el 99% de las "soluciones" propuestas en la Argentina no son solución.

Sin embargo, **la guerra mendaz continúa**. Los generales de las finanzas siguen anunciando éxitos que la realidad desmiente enseguida. Los "estrategas de sillón" imaginan estrategias impracticables. Las pasiones se despiertan y el público se confunde. En un momento, el ministro de Economía pareció pedir que le trajeran al principito. Los golpes han molido ese exceso de confianza y esto es bueno. **Todavía hay tiempo para la verdadera salida**. Sólo se necesita **realismo**: el que faltó para aceptar, durante el conflicto del Atlántico Sur, la "solución de las tres banderas". No nos quedemos esperando hasta que debamos presentar la rendición incondicional.

Clarín, 11 de septiembre de 2001

La salida está a la vista

Si se reduce la deuda, se equilibrarán las cuentas fiscales y terminará la crisis - Nuevas circunstancias internacionales han creado una oportunidad inmejorable

La ignorancia y la mala fe han hecho creer que la Argentina está atrapada sin salida. O que, para salir, la mayoría debe acostumbrarse al hambre y los jubilados tienen que morir pronto.

La peor ignorancia es aquella que se combina con soberbia. Muchos hablan por hablar y, además, con arrogancia. Confunden “reestructuración consensuada” de la deuda con “default”, que es lo contrario. Mezclan todo y terminan invocando el nombre de la “convertibilidad” en vano. Atacan a toda persona pensante, atribuyéndole la aviesa intención de devaluar. Es el caso de esos políticos que nunca

han leído un libro de economía pero, aconsejados por las encuestas, se proclaman abanderados del 1 a 1. Ignoran que, para defender realmente la paridad, se necesitan reservas, no palabras. Ellos lanzan “slogans”, pero no podrían trazar una estrategia para preservar y acrecentar reservas.

Luego están los que saben mucho, pero mienten o, al menos, ocultan la verdad. Es el caso de los economistas que dicen: “La Argentina no tiene un problema de deuda”. Fingen que se puede atender el servicio de la deuda con ajustes fiscales. Los mercados saben que es imposible. Por eso la Argentina tiene, después de Nigeria, el riesgo-país más alto del mundo.



*La ignorancia y la mala fe han
hecho creer que la Argentina
está atrapada sin salida*

Con relación a la deuda, hay tres posiciones muy nítidas:

1. **Pago a rajatabla.** Es decir, pagar 100% de capital e intereses, puntualmente, cueste lo que cueste. Esta ha sido, hasta ahora, la posición del Ministerio de Economía y el influyente sector financiero. **Fundamentos:** (a) lo pactado debe cumplirse; (b) deshonorar los compromisos internacionales es aislarse. **Inconveniente:** en esto, querer no es poder: (1) el fisco no genera los excedentes necesarios para atender el servicio de la deuda; (2) el intento de forzar esos excedentes --mediante alzas de impuestos o recortes de salarios y jubilaciones-- sustrae recursos al sector privado, deprime la demanda, disminuye el consumo, profundiza la recesión, hace caer la recaudación y termina aumentando el déficit. **Conclusión:** el voluntarismo oficial profundiza la recesión, incrementa el desempleo, agrava la situación fiscal y, en vez de alejarnos, nos acerca al “default”.
2. **“Default”.** Es la cesación de pagos, idea que atrae a políticos irresponsables y --desde otro ángulo-- a economistas teóricos. Los políticos irresponsables dicen que la deuda es “ilegítima” y debemos denunciarla. Los economistas teóricos (Meltzer, Calomiris, Dornbusch) advierten: (a) la deuda argentina es impagable (“unsustainable”), a menos que se la reduzca 30/35% o se recorten los intereses por la mitad; (b) para imponer tal reducción, la Argentina debe declarar el “default” y, luego, negociar desde posiciones de fuerza. **Mérito:** estos académicos ponen en evidencia, en Estados Unidos, algo que nuestros funcionarios tratan de ocultar aquí: la urgencia de reducir drásticamente la deuda. **Peligro:** el “default” provocaría una corrida cambiaria, dejaría al país sin reservas, alteraría la paridad y provocaría una fuga al dólar. La 3 D (“default”, devaluación, dolarización) harían caer dramáticamente el PIB (acaso 15%) y desatarían una crisis social de proporciones.
3. **“Reestructuración consensuada”.** Fue mi propuesta. Sostuve la necesidad de rescatar deuda mediante títulos de “mayor plazo y menos rendimiento” que, a cambio, ofrecieran “la seguridad que hoy no tienen los tenedores de bonos argentinos”. Esa seguridad debía provenir de un “colateral creíble” *Clarín*, 11 de abril). Fui acusado de “ingenuo”: me dijeron que era “utópico” pensar en una garantía del Tesoro norteamericano o el FMI. Ahora, el Tesoro norteamericano está negociando, con nuestros acreedores, una reducción de la deuda. Una de las fórmulas bajo análisis es, precisamente, un bono de rescate con garantía. Por lo pronto, del reciente crédito otorgado por el Fondo, US\$3.000 millones quedan congelados, en una cuenta, para servir como garantía de una reestructuración.



*Con la deuda reestructurada,
el país puede crecer a 6% anual,
duplicando el PIB en una década*

Dornbusch sostuvo que la Argentina debería poner, “unilateralmente”, un tope a los intereses que cancela. Anunciar, por ejemplo, que pagará la tasa norteamericana más un “premium” de 1,5%. Punto. La deuda sería honrada y no habría cambios en los plazos. Tampoco suspensión del pago de intereses.

A mi juicio, el mismo resultado puede obtenerse, garantía mediante, a través de un acuerdo con los acreedores. Lo importante es el efecto: con la tasa propuesta, la Argentina tendría más que déficit cero: tendría superávit. Dornbusch propone destinar ese “surplus” a rebajar la presión tributaria que hoy ahoga a nuestra producción. Su tesis es que “sin un fuerte crecimiento, la Argentina entrará en colapso”. La buena noticia es que tenemos la solución al alcance de la mano:

- ❑ **La deuda está devaluada.** El tenedor de un bono argentino sabe que, en caso de venderlo, hoy, pierde alrededor de 40%. Por otro lado, tiene miedo de quedárselo porque —si en un momento la Argentina no puede pagar aunque quiera— el bono se convierte en papel pintado.
- ❑ **Estados Unidos ofrece una solución.** No lo hace por generosidad. Lo hace en su propio interés, que (en esto) coincide con el nuestro. Los norteamericanos están hartos de usureros que van por el mundo buscando países asfixiados (hoy México, mañana Rusia, pasado Turquía) para prestarles a tasas obscenas, sabiendo desde el vamos que esos países no podrán pagar. Esos prestamistas van luego a hacer *lobby* en Washington, asustando con el “efecto dominó” y recomendando que el FMI o el Tesoro “salven” a México, Rusia o Turquía, dándoles dinero... para pagar los intereses usurarios. El Tesoro norteamericano quiere ponerle fin a esta plaga, y les ha dicho a las autoridades argentinas: “No vamos a poner dinero para que ustedes paguen a los especuladores. El que se jugó a ganar 15% anual sabía a qué se exponía y, además, ya ganó bastante. Nosotros podemos poner dinero, pero como garantía, para que ustedes negocien una reducción de la deuda”.
- ❑ **A los acreedores les conviene.** Si, en efecto, el FMI o el Tesoro (o un consorcio internacional) dan una garantía, a todo acreedor serio le conviene ir a lo seguro. Sus títulos se revalorarán en el mercado y, si bien ganará menos, no correrá el riesgo extremo que hoy mantiene a los mercados en vilo. Esto debería interesarles a las AFJPs argentinas, tenedoras de gran parte de los bonos de nuestra deuda pública. Los futuros jubilados confían su dinero a esas entidades para que lo administren bien; no para que lo jueguen en un casino. Aspiran a lograr el mayor beneficio posible, en condiciones de seguridad. Les convendría un interés menor, avalado desde el exterior, que un terreno en la Luna.

El mercado —que tiró el precio de los títulos hacia abajo, haciendo subir el riesgo-país— y el Tesoro norteamericano —que anunció su decisión de no avalar más la usura internacional— han creado una oportunidad. Si nuestras autoridades económicas se negaran a aprovecharla, habría llegado el momento de pensar que están animadas por intereses inconfesables. El peso político de Estados Unidos, que muchas veces nos juega en contra, esta vez juega a favor.

Una reestructuración consensuada, que haga “sostenible” la carga de la deuda, bajará el riesgo país, reestablecerá el crédito y asegurará el equilibrio fiscal, liberando recursos para fortalecer la demanda interior, alentar la producción y favorecer las exportaciones. En esas condiciones, con una adecuada coordinación de políticas públicas y esfuerzos privados, la Argentina podrá crecer a tasas cercanas a 6%, lo cual le permitirá duplicar su PIB en una década. De inmediato, ese crecimiento comenzará a crear empleo y a modificar el humor social.

El camino del ajuste, ya lo probamos. La economía quedó estancada, el tejido social sufrió desgarros, crecieron el malestar y la inseguridad, muchos perdieron la fe en el país y el gobierno se quedó solo. Todo se agravó: hasta el problema fiscal.

El nuevo camino, favorecido por circunstancias internacionales, está a la vista. Debemos transitarlo a toda marcha.

El Plan Bicentenario

En 1999, al asumir la Jefatura de Gabinete de Ministros, lanzamos el Plan Bicentenario, fijando metas —económicas, sociales, educacionales y científicas— que el país debía alcanzar en 2000-2010.

Consejo de notables

Constituimos un Consejo de Notables de pocos miembros, que iba a ser ampliado (y subdividido) a medida que profundizáramos en cada área.

- *Científicos* (David Sabatini, Armando Parodi; César Milstein —radicado en Inglaterra—no se incorporó al Consejo pero contribuyó con ideas y críticas).
- *Pensadores y educadores* (Guillermo Jaim Echeverri, Adolfo Pérez Esquivel, Manuel Sadosky).
- *Expertos internacionales* (Carlos Magariños, Kazuro Shishioo, Masahiro Kumoni).
- *Cientistas políticos* (María Fernanda Diez).
- *Economistas especializados en desarrollo* (Horacio Losoviz, Daniel Montamat, Marcelo Paladino).
- *Economistas jóvenes* (Tomás Serebrisky, Alejandro Tinivelli).
- *Empresarios* (Sebastián Bagó, Carlos Bulgheroni, Alfonso Cortina, Néstor Farías Bouvier, Fernando Gioino, Francisco Macri, Vittorio Orsi, Luis Pagani, Enrique Pescarmona, Alfredo Román).

El sesgo empresarial de este primer Consejo obedecía a la necesidad de acordar una estrategia para el desarrollo de la capacidad productiva.

Premisas

La construcción del plan se inició a partir de **21 premisas**:

1. *La educación es la principal condición extra-económica del desarrollo.*
2. *La cohesión social es tan importante como el equilibrio macroeconómico a fin de aumentar la productividad.*
3. *Para asegurar la cohesión social, debe promoverse el mayor grado de igualdad posible, entre individuos, grupos sociales y regiones.*
4. *El desarrollo no es espontáneo: requiere la movilización de recursos — materiales y humanos— en función de prioridades nacionales.*
5. *La ciencia básica es el soporte necesario para la creación e incorporación de tecnología.*

6. *Industrias poderosas, innovadoras y competitivas a escala mundial, son imprescindibles.*
7. *Las PYMEs deben formar parte de cadenas de valor, a fin de adquirir la dimensión y competitividad necesarias para competir en el mercado global.*
8. *El desarrollo científico-técnico es compatible con la preservación del medio ambiente.*
9. *La creación de nuevas ventajas competitivas es condición necesaria para irrumpir en el mercado mundial.*
10. *La competitividad general se asegurará mediante la investigación, la innovación, la expansión de la infraestructura y los bajos costos internos medidos en divisas.*
11. *Desde la infraestructura hasta el servicio exterior, todo debe ser diseñado, de ahora en más, para satisfacer las necesidades de un país exportador.*
12. *La consolidación de un mercado interno ampliado (Mercosur), que otorgará la escala mínima necesaria, exige una nueva especialización industrial: distribución geográfica de actividades hoy inexistentes en el área.*
13. *Estado y sector privado deben formar una alianza estratégica a fin de promover conjuntamente el desarrollo y abrir mercados para la oferta argentina en el mundo.*
14. *Excelencia y calidad deben ser objetivos comunes a todas las áreas de actividad: pública o privada, económica o social.*
15. *El acceso a las redes informáticas se considerará un servicio público.*
16. *El ahorro interno y la formación de un mercado de capitales deben ser estimulados.*
17. *Las exportaciones deben multiplicarse por 2,5 en el período 2000-2010.*
18. *La deuda externa debe reducirse al equivalente de un año y medio de exportaciones*
19. *El Estado no fabricará bienes ni proveerá servicios que la actividad privada esté en condiciones de fabricar o proveer.*
20. *El equilibrio fiscal disminuirá el costo del dinero y estimulará la inversión en actividades productivas.*

21. *Instituciones políticas y judiciales ágiles, competentes y traslúcidas son indispensables a fin de impulsar este plan.*

Objetivos

Los objetivos del plan eran:

- ***Que la Argentina se ubicara antes de 2010 entre los 20 economías de mayores ingresos, según la clasificación del Banco Mundial.*** En 1999, la 20ª era Israel, con \$15.940.
- ***Que cada una de las regiones del territorio nacional fuera una "economía de altos ingresos", según la nomenclatura del Banco Mundial*** . A valores de 1999, esto significaba que ninguna región debería tener, en 2010, un PBI por habitante inferior a \$9.361.
- ***Que cada una de las regiones del territorio nacional ostentare un "alto desarrollo humano", según la nomenclatura del PNUD.*** El PNUD ha elaborado un índice (0-1) que refleja, además del producto bruto, la longevidad y los logros educativos de la población. El objetivo era que la media nacional se ubicara por encima de 0,90 y que todas las regiones del país estuvieran por encima de 0,80, que es el piso del alto desarrollo humano.

Regiones

Dividimos a la Argentina, a los efectos de este plan, en nueve regiones:

Noroeste, Nordeste, Mesopotamia, Centro, Cuyo, Pampa húmeda, Metrópolis, Patagonia andina y Patagonia atlántica.

Supuestos

Para cumplir las metas finales (2010) y las intermedias era necesario poner en marcha políticas de corto y mediano plazo. Para la definición de dichas políticas, partimos de estos supuestos:

1. *Ante la declinación de las industrias tradicionales, es necesario incubar industrias nuevas, en las cuales el conocimiento científico-técnico sea un contribuyente principal al valor agregado. Esto debe hacerse a alta velocidad, para evitar un rezago tecnológico e industrial que luego sería difícil salvar. Y debe hacerse en distintos campos a la vez, impidiendo así que el desempleo se torne endémico.*
2. *Las nuevas industrias dependerán de nuestra capacidad de seguir el paso de la tecnología mundial y, en algunos campos, innovar y disponer de capacidad de anticipación.*
3. *El país necesita ampliar su capacidad de científico-técnica en las áreas que permitan, en particular, el desarrollo de las siguientes actividades:*
 - Biotecnología.
 - Microelectrónica.
 - Software.
 - Comunicaciones.
 - Telemedicina.
 - Teleeducación.
 - Comercio electrónico.
 - Distribución y logística.
 - Robotización.
 - Ingeniería de materiales.
 - Reciclado.
 - Saneamiento ambiental.
 - Nuevas fuentes de energía.

Presentaciones

El plan fue presentado ante IDEA, la Cámara de Comercio de los Estados Unidos en la Argentina, el Centro de Ingenieros, la Cámara Argentina de Comercio, el Comité Mixto Argentino-Japonés, la Asociación Argentina de Marketing y un seminario *ad hoc* organizado por la revista Mercado.

BID

El presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, Enrique Iglesias, se interesó vivamente en el plan, como lo atestiguó el 24 de mayo de 2000 en una carta en la cual ofreció el apoyo del BID, destacando que, “luego de la década de los ajustes con que cerramos el siglo, cabe proponer a la sociedad una visión más global de su futuro posible, con metas concretas que sirvan de estímulo a las políticas y a las alianzas estratégicas entre el estado, el sector privado y la sociedad civil”.

Banco Mundial

El directorio del Banco Mundial aceptó redirigir \$5.000.000 excedentes del crédito Y2K a fin de financiar los estudios del Plan Bicentenario.

ONUUDI

En septiembre de 2000 se suscribió un acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUUDI), que decidió aportar \$1.000.000 no reembolsables para la realización del plan.

Libros

Se acordó con la Universidad Nacional de Quilmes la publicación de “Los Libros del Bicentenario”: una colección de ensayos históricos, científicos y culturales sobre los 200 años de la Argentina.

Chile

El presidente de Chile, Ricardo Lagos, se interesó por el Plan Bicentenario y puso en marcha un plan similar en su país, coordinado por el Ministro del Interior y Vicepresidente, José Miguel Insulza.

Fundación Argentina Siglo 21

La Fundación Argentina Siglo 21, como entidad privada sin fines de lucro, se ha propuesto continuar el Plan Bicentenario, propiciando la adhesión de los sectores públicos y privado.

